

## TELÓN DE FONDO. Capítulo inicial.

Durante meses había perdido el sueño. Las pastillas a las que se habituó hacía ya tiempo no surtían ningún efecto ni siquiera al triplicar la dosis del tranquilizante. Su amigo farmacéutico le había prevenido contra el peligro de la adicción y sus consecuencias dañinas para la memoria. Él pensaba al revés: la desmemoria le ayudaría a salvar el bache. Había intentado combinar los somníferos con el ejercicio físico: salía a pasear, caminaba de noche por los rescoldos de vida de la Plaza y regresaba a casa rendido. Pero tampoco esa terapia funcionó. Se dejaba caer en la cama y se revolvió en ella hasta la cruel luz del día.

Entonces le acaeció otra desgracia. A medida que avanzaba el duermevela, su cerebro era parasitado por letras y musiquillas. No, como hubiera cabido esperar, por las composiciones favoritas que solía escuchar con ella después de la cena – sonatas de Schubert, Don Giovanni y la Oda masónica de Mozart, óperas de Verdi, el Réquiem alemán de Brahms–, sino por aires marciales o zafios que retransmitía la radio el año que terminó la guerra y volvió con el padre y hermanos a su ciudad natal. Se dejaba inundar por la mugre de aquella lejana época, como si alguien hubiese abierto súbitamente las compuertas de una presa y las aguas pútridas rebalsadas por una siniestra conjunción de opresión y miseria le cubrieran de nuevo: el himno de la Falange, el de los requetés, la adaptación marianista de la Marcha Real, el Raskayú, la voz cutre y chillona de Rina Celi. Como esa marea que arrastra junto a las algas y demás especies de la flora marina toda clase de desechos y contaminantes que se acumulan luego en la restinga, así le encenegaban la mente, en olas reiteradas y mansas, letrillas y canciones tan vacuas como absurdas: cuñas radiofónicas del Torrefacto Columba y La Miranda, La Miranda, la gran urbanización; la lista de alumnos de su clase de ingreso al bachillerato; la alineación del principal club de fútbol de la ciudad aprendida de boca de su hermano mayor. Por mucho que se esforzara no lograba desprenderse de ellas.

Aquella regresión a una infancia que creía definitivamente enterrada le consternó. Las musiquillas aparecían de improviso en su mente y ya no le soltaban. Un día era el Cara al sol, otro el Oriamendi y otro el himno de la Legión. No había modo de deshacerse de su tenaz mosconeo. Trataba de ahuyentarlos como si fueran insectos, pero volvían a la carga, dale que dale, con obstinación.

¿Eran los primeros síntomas de una demencia senil? A veces pensaba que sí y el fatalismo se adueñaba de él. ¿Qué misteriosa relación existía no obstante entre

su pérdida y aquellos años de vertical saludo e imperial lenguaje, de victorias relámpago del Führer y exaltación religiosa en el colegio de los Padres? El incomprendible retroceso a la niñez, a sus símbolos y puntos de referencia, ¿obedecían a una estrategia ocultativa de su desdicha, a una secreta astucia de supervivencia? ¿Cómo explicar si no la invasión programada de tonadas odiosas y cantinelas ruines? Una conversación con la mejor amiga de ella, en uno de sus raros viajes al mundo clausurado por su partida, le ayudó a aclarar el nexo existente entre las dos situaciones de desamparo: la interrupción brusca de su vida afectiva había hecho aflorar a su conciencia la realidad de la muerte materna escamoteada medio siglo atrás. Para alcanzar el punto doloroso de la herida reciente, concluyó, debía volver a la antigua.

La casa olía a muerte: a la suya y a la de los demás. Un día, el suelo del patio había amanecido cubierto de mariposas y libélulas, víctimas de una misteriosa epidemia. Otro, fue el cadáver de un pájaro de la gran banda que se posaba al anochecer en las ramas de los naranjos. Antes había muerto una de las tortugas: el ajetreo de hormigas en el rincón en donde solía refugiarse le llamó la atención y el descubrimiento de su definitiva quietud le sorprendió por lo extraño. Creía que los quelonios vivían más de cien años y que el dúo le sobreviviría. Ahora sólo quedaba el viudo, quizás inconsolable: rehuía el lugar en el que falleció su pareja y comía con desgana su diaria ración de ensalada y mondas de fruta. Pensó en la conveniencia de aparearlo, pero decidió retrasar la fecha para que despidiera el duelo.

El descubrimiento del sexo de la fallecida fue tardío y casual. Llevaba varios años con ella en la ignorancia del mismo hasta el día en que, al volante de su retaco de coche, divisó a otra en medio de la carretera, en las inmediaciones de la ciudad. Frenó, se apeó y se la apropió de forma impulsiva. Una vez en casa, la nueva se aproximó a la doméstica y, sin preámbulo de seducción alguna, arremetió contra ella hasta arrinconarla. La ceremonia de la cópula le impresionó: la forastera embestía una y otra vez al caparazón de la hembra, intentaba encabalarla y, al no lograrlo, retrocedía y acometía de nuevo. Su conducta machista te hubiera indignado, comentó luego por teléfono a su mujer. Aquello parecía la versión sui generis de las videocasetes porno filmadas en Amsterdam. Deberías haberle negado la hospitalidad, rio ella, ¡como se enteren mis amigas, te sacarán la piel a tiras! No les cuentas nada, dijo él, la voy a educar y espero que actúe en adelante con mayor cortesía. Pero no hubo ocasión de progreso: el apareamiento no se repitió. La tortuga hembra puso un huevo y lo enterró en el alcorque de uno de los naranjos. Inopinadamente, el huevo se pudrió. Aquello pareció desalentar al padre y, desde

entonces, las tortugas convivían en paz sin emparejarse. Cuando ella vino de Europa y pasaron unos días juntos, advirtió la mejora y le felicitó por sus dotes pedagógicas. La dicha pareció reinar algún tiempo. A la voracidad del verano seguía el aletargamiento del invierno. Transcurrieron unos años y el día que la tortuga murió, él ya no pudo contárselo.

Entonces, como a rachas, se habían sucedido muertes y desapariciones: la de una paloma hallada en la azotea, la de su gato preferido en la calleja, la de la cigüeña que llegó y partió. La casa enfermó también: roturas de cañerías y grietas en las paredes y techos se multiplicaron. La conjura de los signos le desanimó.

¿Había una correspondencia secreta entre su deterioro y el del ámbito en el que moraba? Sólo tenía una certeza: las sombras se adensaban y, en proporción inversa, la materia se desvanecía.